Testamento.

Quiero morir consciente de mi marcha,
quiero tener la certeza tranquila
de saber que mi tiempo para siempre se acaba,
que disfruto los últimos instantes de mi vida.
Despedidme sin lágrimas ni pena,
decidme adiós, si no alegremente,
sí con resignación mansa y serena,
recordando que a todos nos reclama la muerte.
No alabéis mis virtudes en el duelo
exagerando las que tuve en vida,
llené mis horas deshojando sueños
y soñé más despierta que dormida.
Pensad en mí cuando veáis un pájaro
que agitando sus alas se remonta del suelo,
pájaro quise ser, siempre volando
descubrir cada día un mundo nuevo.
Conocí ciudades muy hermosas,
descubrí montañas y desiertos,
volcanes, verdes selvas misteriosas,
y mares que surcar de puerto en puerto.
Pero el tiempo avanza y va cerrando
las puertas y ventanas a la vida.
Amé mucho y fui feliz, no sabéis cuánto,
No os apene, pues, mi despedida.
Tan sólo os pido que después de muerta
no dejéis que me pudra en negra fosa,
la oscuridad me dio siempre tanto miedo,
me asusta tanto el peso de la losa.
Quiero, por tanto, que queméis mis restos
y arrojéis mis cenizas sobre un largo camino,
para que a su capricho las esparza el viento
y en cada lugar quede un algo mío.